Pirozzini Martí - Campeny. 1883

CAMPENY

SU VIDA Y SUS OBRAS.

ESTUDIO CRÍTICO BIOGRÁFICO

LEIDO EN LA SESIÓN SOLEMNE,

CELEBRADA POR EL

Excmo. Ayuntamiento Constitucional de Barcelona,

EL DIA 28 DE SETIEMBRE DE 1883,

CON MOTIVO DE LA COLOCACION DEL RETRATO DE ESTE DISTINGUIDO ARTISTA

EN LA

GALERÍA DE CATALANES ILUSTRES,

POR

D. CARLOS PIROZZINI MARTÍ.



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LOS SUCESORES DE N. RAMIREZ Y C.ª

Pasaje de Escudillers, núm. 4.

1883.

Excmo. Sr.

SEÑORES.

No he de ser yo, por cierto, quien, en estos momentos de pública solemnidad, retraiga á la elevada atencion de V. E. y á la del selecto auditorio, en este sitio congregado, el celebrable acuerdo de perpetuar anualmente la memoria de alguno de los varones ilustres con que plugo á Dios honrar á la tierra catalana, señalándoles preferente lugar en esta histórica sala, testimonio de nuestras pasadas glorias y hogar patriarcal, bajo cuyo artesonado se aviva constantemente el fuego inextinguible del amor á la Patria.

El recuerdo de nuestros gloriosos hechos va indefectiblemente unido al de los personajes ilustres que los realizaron, y si, desgraciadamente, no ha llegado aun el momento solemne de perpetuar, en este y otros sitios de veneranda recordacion, las épocas más preclaras de nuestra accidentada historia glorifiquemos, entre tanto, á los que en antiguos tiempos y en dias no tan lejanos, han sido por sus virtudes ó por sus hazañas, por sus grandezas ó por su talento el más preciado título de nobleza con que se ha engalanado la que fué, en otros tiempos, dominadora de extensas regiones y es hoy segunda capital de España.

Las Artes y las Letras, las Ciencias y las Armas han de ser, sin duda, arsenal abundantísimo en que poder hallar pasa-

das glorias, para estimular presentes y venideras aptitudes; y recordemos, siempre, que el olvido y la indiferencia, concubinato innoble del cual nacieron la ingratitud y el desprecio, no pueden, no deben, no quieren anidar nunca en pechos que blasonen de franca estirpe catalana.

Loor, pues, á vosotros, Iltres. Señores, que interpretando fielmente los deseos del pueblo de Barcelona, conservais la honesta consuetud de reunirnos anualmente en este histórico salon, arca sagrada de nuestra pasada grandeza, para avivar y acrecer con el aroma del honor y el agradecimiento el piadoso recuerdo de nuestros patricios ilustres, en una época en que la naturaleza parece dedicarles el postrer perfume de sus pintadas flores y el último trino de sus hermosas aves.

* * *

Tal vez, Señor excelentísimo, despues de la digresion que acabo de permitirme, seria en mí sobrado atrevimiento extenderme en profundas consideraciones respecto al anterior acuerdo de colocar en esta galería de Catalanes ilustres el retrato de nuestro malogrado patricio D. Buenaventura Cárlos Aribau y del que, con fecha más reciente, dispone la colocacion, en este mismo sitio, el del distinguido artista D. Damian Campeny; pues ni mi autoridad ni mis personales méritos han de ayudarme en semejante empresa, que realmente merece y se presta á ser detenidamente considerada.

Consignemos, no obstante, que uno y otro son dos estrellas de gran magnitud en el cielo de nuestro renacimiento contemporáneo; pues mientras Aribau despertó, en la esfera de sus patrióticos sentimientos el amor á la literatura catalana, nuevamente restaurada, Campeny engendró, con sus naturales aptitudes, un porvenir artístico para nuestro país

exhausto y aniquilado, cuyos actuales resultados son bien honrosos y fehacientes.

En esa literatura, jóven y lozana, considerada y querida de propios y extraños, que cultiva todos los géneros y florece en todas partes; que ha pasado del sainete á la tragedia y del canto popular al poema: allí está la personificacion viviente de Aribau. En ese renacimiento de la escultura catalana, que alcanza sus mejores triunfos en públicos concursos y goza de merecido renombre en países extranjeros; que adorna nuestros salones y decora nuestros palacios; que eleva piadosos monumentos á los muertos y erige suntuosas moradas á los vivos; que ensalza á los sabios y glorifica á los buenos: allí está el espíritu latente de Campeny.

Aribau dió el alma á esa nueva Cataluña, regenerada con el ejemplo de sus pasadas desventuras y fortalecida con su fé y su trabajo; Campeny dióle la forma, enérgica como su pasado, bella como su presente, grandiosa como su porvenir.

El escultor y el poeta, que leyeron en el libro de la historia los tristes, pero ineludibles ejemplos de la suerte que les espera á los pueblos que desprecian sus derechos y olvidan sus deberes, concibieron, por igual, esa estátua portentosa de la jóven Cataluña, cuyo espíritu está en la compilacion de nuestras pasadas grandezas y cuya realizacion corpórea está en el pórfido ceniciento de nuestros Pirineos y en las rocas monolíticas del sagrado Montserrat.

Honremos, pues, con ferviente entusiasmo á nuestros predecesores ilustres, que con patriotismo creciente y ejemplar constancia prepararon el glorioso renacimiento moral de Cataluña, abatido y vilipendiado por sus encarnizados enemigos, y triunfante hoy en todas las manifestaciones de la actividad y la inteligencia.

***

Nada más triste y al propio tiempo más deshonroso para las naciones de abolengo artístico, ya de antiguos tiempos adquirido, que el estado general de la escultura, en Europa, á últimos del siglo XVIII y principios del actual.

Ni las exigencias orgullosas é insultantes de la Roma degenerada, que ejecutaba groseramente en preciosas perlas el retrato de Pompeyo ó doraba el Alejandro de Lysipo ó pintaba el retrato de Neron, en tamaño de colosales proporciones; ni la furia destructora de los iconoclastas, que profanaba los templos levantados por la piedad de antiguas generaciones y destruia completamente miles y miles de estátuas, convirtiendo en informe monton de ruinas las gloriosas manifestaciones de toda una civilizacion brillante; ni las desviaciones que el exagerado espiritualismo gótico ó el insultante materialismo barroco impuso al arte, en sus respectivas épocas, fueron tan fatales y desastrosas, para la escultura, como el bochornoso letargo en que cayó sepultada durante el siglo XVIII.

Y téngase en cuenta, Excmo. Sr., que ese lamentable atraso y punible abandono, era más claro y fehaciente, en cuanto tenía por fondo y por contraste aquella época brillante y majestuosa del Renacimiento italiano, tan gloriosamente anunciado por sus precursores Nicolás y Juan de Pisa, cuyas obras inmortales, enterradas en aquel famoso cementerio, tumba colosal de tantos recuerdos y celebridades, brillarán eternamente á través de los siglos, como radiantes estrellas, en noche obscura, en el inmenso firmamento de la Edad media.

De allí arrancaban la vida é importancia floreciente de la escultura; sucediéndose en interminable cadena esa cohorte de artistas privilegiados, que si se llamaban Arnolfo de Lapo ó Andrea de Orcagna heredaban el genio y el misticismo de

los Pisanos, ó con Ghiberti realizaban *las puertas del cielo*, obra la más solemne de la escultura florentina; ó con Donatello vencian en todos los géneros escultóricos; ó con Brunelleschi realizaban las más delicadas y graciosas estátuas ó levantaban las más atrevidas y colosales cúpulas; y admiraban en Lucca della Robbia el vigor y grandeza de sus concepciones; ó en el Sansovino las enérgicas estátuas de sus evangelistas; ó en Andrea del Verrochio aquella colosal estátua ecuestre del *Condottiere* Colleoni, más colosal por su mérito que por sus grandiosas proporciones; ó en Leonardo de Vinci la asombrosa multiplicidad de sus conocimientos artísticos; ó en Benvenuto Cellini la majestad y elegancia de su Perseo ó la inimitable delicadeza de sus cinceladuras; llegando finalmente como gloriosa epopeya y apoteósis de tantas y tan inauditas celebridades, á ese gigante de las artes, amigo de los Médicis y confidente de los Papas, suma y compendio de todas las manifestaciones del sentimiento, representadas por la arquitectura y la música, la escultura y la poesía, la pintura y el grabado, inmortalizadas en templos y palacios, en museos y pinacotecas y sancionadas por el juicio, imparcial y severo, de las más grandes é ilustres generaciones.

Y era ley incontrovertible de la humana naturaleza escrita, mil veces, por el dedo de Dios en la historia del Universo. Aquella pujanza y poderío, aquella suma de perfecciones, distribuidas como dón del cielo entre las modernas nacionalidades del Occidente, habian de fenecer impelidas por su propia fuerza y desquiciadas por el más fatal egoismo y las más tremendas rivalidades.

Lorenzo Bernini, en Italia, Alonso Cano, en España, Alberto Durero, en Alemania y Juan de Bolonia, en Francia, fueron los últimos fulgores de esa brillante aurora que por espacio de más de dos siglos hermoseó la Europa.

Despues, la noche más obscura sumió en densas tinieblas los horizontes todos del arte, y, cual vision fantástica, cual sueño pesaroso, comenzaron las luchas más crueles y fratricidas, originadas por el brillo superior de una corona ó por el despótico capricho de un poderoso. Entonces fué cuando la materia aniquiló el espíritu y el cálculo mató el sentimiento; entonces se buscó la paz por medio de la guerra y se destruyó sin prudencia para edificar sin plan; entonces el estruendo de los cañones y el estallido de las bombas y los gritos de los combatientes y los ayes de los moribundos ensordecieron las voces de los que pedian protección para las artes; y aquellos pueblos de raza latina, tan celosos de su independencia, abrieron las puertas al absolutismo más denigrante, en nombre de la libertad á costa de tanta sangre conquistada.

Así terminaba, Excmo. Sr., aquella edad de oro de la escultura, que difícilmente volverán á ver las presentes ni las venideras generaciones.

* * *

Seria difícil, por no decir imposible, Excmo. Sr., dar á conocer la justa y merecida celebridad del artista ilustre cuya biografía tuvo V. E. la dignación de confiar á mis escasos conocimientos pero decidida voluntad, si no reseñara antes, más que sea á grandes rasgos, (que no otra cosa permite la índole de mi trabajo y el acto que estamos celebrando) el estado general de la escultura en Europa durante el siglo XVIII y principios del actual.

Porque, es preciso confesarlo; Campeny en la esfera universal del arte, no es satélite de primera magnitud, que deslumbre los soles de ese nuevo firmamento artístico; pero en la historia del renacimiento de la escultura española, es el

primero de esos brillantes planetas cuya luz potente guia al viajero por seguros senderos, en la obscuridad de la noche.

Y Campeny, precisamente, en la tenebrosa obscuridad de la escultura española, marcó decididamente el derrotero á esa falanje de escultores, honra de Cataluña y gloria de la pátria española, algunos de los cuales me dispensan, en este momento, el señalado honor de escuchar mis desautorizados, pero francos y espontáneos razonamientos.

Para dejar, pues, en su indisputable lugar de honor y primacía al ilustre decano de nuestros escultores contemporáneos, sin que el injustificado recelo ó la suspicaz maledicencia puedan hacer mella en la celebridad innegable de nuestro artista, es porque conviene á mi humilde parecer, presentarle en medio de su época, luchando á brazo partido con la indiferencia ó la ignorancia; defendiéndose de la envidia y la maledicencia; sujetándose á las privaciones; fuerte como la secular encina de nuestros bosques; enérgico como el carácter de su patria; austero como un cenobita del arte, y con la fè inquebrantable de que el progreso y la indepencia de las naciones modernas habian de buscarse, más que en los trofeos y perfecciones de la guerra, en las purísimas manifestaciones de las letras, las ciencias y las artes.

Veamos, pues, aunque someramente, el estado del arte escultórico europeo durante la época indicada.

Pertenécele lugar de honor, por haber sido la cuna y emporio de las bellas artes, á la reina del Lacio, á la nación italiana, que, como perenne testimonio de su pasada grandeza, guarda cuidadosamente en miles de museos las obras más preclaras que el humano ingenio supo concebir y realizar en las esferas del arte.

Desapareció Miguel Angel, el jefe universal é indiscutible de aquella gran familia de artistas, y, cual si aquel precio-

2

so patrimonio personal pudiese ser heredado ó transmitido, comenzaron las más desconsoladoras y funestas rivalidades, que marcaron el período degenerativo del arte.

Bernini y Borromini, artistas de no escaso talento, pero de vanidad sin límites, creyéronse cada uno de ellos con fuerza y aptitudes suficientes, no solamente para formar escuelas y crear estilos, hacer prosélitos é imponer doctrinas, sino para llamarse herederos directos de aquel génio sin segundo.

Lo que en el Buonarroti fué inspiración y espontaneidad, transformóse desde luego, en enfatiquez y amaneramiento; persiguióse la originalidad y se cayó en la extravagancia; cerróse disimuladamente la puerta á lo grandioso y severo y abrióse de par en par á lo ridículo y mezquino; rompiéronse las vallas naturales y necesarias entre la pintura y la escultura, y de este desórden y anarquía, nació el Barroquismo que, sin dejar de producir obras notables en su género, marcó el período álgido en la degeneración del arte.

Por fortuna la reacción no debia hacerse esperar, y, como saludable bálsamo á tantos infortunios, apareció á últimos del siglo XVIII la personalidad simpática de Canova, que supo remontar la escultura á las purísimas regiones de la idea conquistándola un lugar preferentísimo en las alturas del arte.

Inútil es, Señor excelentísimo, que detalle aquí los méritos excepcionales de este gran artista, cuyos preciosos despojos se han repartido religiosamente las más poéticas ciudades de Italia, para honrarlos y venerarlos; pues además de ser bien conocidos de todos, al reseñar la biografía de nuestro inolvidable Campeny, hemos de hallarles fraternalmente unidos por estrechos vínculos de íntima amistad y entusiasmo artístico.

Canova fué, sin disputa, el grito de salvación lanzado por la escultura, al despertar de su profundo abatimiento, y la celebridad indisputable de este regenerador del arte plástico traspasó los límites de su propia patria invadiendo los países de antiguas tradiciones artísticas.

Roma, Venecia, París y Viena guardan preciosos tesoros de este artista, y los escultores contemporáneos de la moderna Italia, aun en sus mismos progresos y en sus propios defectos, ya militen en las filas severas del realismo ó ya se explayen en las poéticas regiones del sentimiento, revelan en sus producciones manifiestos vestigios de aquellas obras que fueron la aurora del renacimiento escultórico contemporáneo.

Esta reacción saludable inicióse afortunadamente en otros países; y Alemania, que supo conservar su importancia pictórica con las Escuelas de Nuremberg, Augsburgo y Dresde, representadas, respectivamente, por Alberto Durero, Holbein y Lucas Kranach, no pudo de igual modo mantener el apogeo de la escultura, á pesar del genio excepcional de Alberto Durero, que manejó con sin igual maestría el buril del grabador y el cincel con que ejecutaba el notabilísimo grupo en marfil que se conserva, cual preciosa reliquia, en el elegante museo de Calsruhe.

Empero la semilla estaba sembrada y no habia de ser, por cierto, en tierra tan fructífera y tan pacientemente abonada como la innovadora Alemania, donde quedase perdida ó inculta, y hé aquí explicada la aparicion, á últimos del siglo XVIII, de Alberto Barthellemy, conocido en el mundo artístico por Thorwaldsen, cuyas obras han adquirido reputación envidiable y fueron la nota concertante de ese armónico himno que, con sus obras, han elevado á la escultura contemporánea artistas tan distinguidos como Danneker, Christian Rauch y Augusto Kiss.

Y Francia, ese organismo social extraño y desequilibrado, cuya fuerza y actividad se condensa y resume en esa Capital cosmopolita, cerebro de la Europa, Babel de los tiempos modernos; que era libre con sus despotismos, vencedora con sus derrotas, sábia con sus desaciertos, poderosa con sus miserias, debia figurar y figuró dignamente entre los primeros estados que dieron á conocer la nueva vida de la escultura.

Allí aparecieron, cual eco de ese grito potente y vigoroso lanzado por Canova y Thorwaldsen, artistas tan distinguidos como Hudon, que perpetuaba en la estátua de *Washington* la independencia de los Estados Americanos; ó como Roland, que daba nueva vida á *Homero;* ó como Barye, que inoculaba al bronce la fiereza de los animales; ó como Rude, que escribia eternamente en el Arco de la Estrella el memorable himno que vigorizó á un pueblo hasta entonces rendido y aletargado.

Europa despertaba, Excmo. Sr., y despertaba de un sueño terrible, durante el cual habia visto profanado el arte griego, escarnecido el sentimentalismo gótico, despreciado el renacimiento italiano; triunfando, por dó quier, el barroquismo y la mutilación más desastrosa de los incontrovertibles y sanos principios del arte.

Nada de extraño tenia, pues, que la nueva escuela que venia á poner potente valla á semejante conflagración artística, presentase, como grito de guerra, el incondicional respeto á la escultura griega, símbolo de mayor perfección entre todas las escuelas hasta entonces conocidas.

***

Vengamos, pues, á conocer el estado de la escultura española en la época que estudiamos y en la cual hemos de hallar

inmediatamente á nuestro ilustre compatricio cuya memoria tratamos de perpetuar.

La historia del arte español á últimos del siglo XVIII y principios del XIX es la historia de nuestras propias desventuras políticas.

El desquiciamiento general de la Europa, la marcha triunfante de las águilas imperiales desde el Norte al Mediodia, la supeditación terrorífica que supo imponer el más fuerte y el más osado de los Bonapartes á los países conquistados por el indomable valor de sus granaderos, repercutieron de una manera fatal y desconsoladora en la hidalga nacion española, que recuperó, más tarde, á costa de su sangre y de sus riquezas, el honor y la independencia de la pátria.

¿Por qué recordaros, Excmos. é Iltres. Sres., la parte importantísima que nuestra querida Cataluña tomó en la legendaria empresa de nuestra redención nacional, cuando se halla escrita en caractéres de sangre en los muros de Gerona y consagrada en las agrestes peñas del Bruch?

Cataluña, como todo el resto de España, hizo un esfuerzo titánico para librarse de aquella opresión despótica, y para ello debió hacer de cada uno de sus hijos un soldado, de sus feraces campos un teatro de luchas y exterminio, de sus montañas y collados trincheras inexpugnables, de sus ciudades, villas y pueblos templos inmensos donde se ofrecian constantemente en holocausto numerosas víctimas, sacrificadas por el honor de la patria; y finalmente, como el mayor y más preciado de los sacrificios, Cataluña vió desaparecer su industria, morir sus artes y fenecer su comercio.

Considerad, pues, Señores, lo que habia de significar, en aquella época, la aparición de un hombre que, absorbida su inteligencia por la verdad y la belleza, aspiraciones naturales del arte, intentára el cultivo del más genial y difícil ramo

de las artes plásticas, sin ejemplos que imitar ni precedentes que conocer.

Porque es preciso consignar que la historia de la escultura catalana era insignificante. Excepción hecha de nuestras Catedrales y palacios, cuyos motivos de ornamentacion, severa y majestuosa, retratan las condiciones innatas de nuestro carácter y pasado poderío, pocos eran los modelos que pudieran herir la imaginacion del inteligente é inspirar al artista. La fé habia conservado con piadoso cuidado las históricas imágenes de nuestros antiquísimos templos; y las rígidas costumbres de nuestras familias nobiliarias desterraron, ó mejor dicho, no dieron entrada, en sus viviendas, á esas estátuas mitológicas, á esos grupos simbólicos, á esos retratos corpóreos que la ostentación, la vanidad y el lujo han dejado como recuerdo de las diferentes épocas en que dominaron los más diversos estilos.

Contemplad, sino, alguno de los grandiosos salones de nuestras señoriales moradas, que, gracias al cariño y conocimientos arqueológicos de sus actuales poseedores, se conservan en nuestra ciudad y otras comarcas de Cataluña, y sentireis como renace vuestro espíritu bajo aquellas altísimas bóvedas ó severos artesonados, que cobijan lo más preciso é indispensable para el bienestar del alma y el descanso del cuerpo. De allí sacareis, sin duda alguna, datos interesantísimos para la historia brillante de nuestra industria, revelada por sus preciosos tapices, ó sus históricas armas, ó sus muebles suntuosos, ó sus ejemplares de cerámica, ó sus típicos trajes, ó sus valiosas joyas, ó sus vidrios y cristales, émulos, ya que no rivales, de los venecianos; hallareis allí ejemplares notabilísimos de la pintura al óleo, de la pintura al fresco, del esmalte y la miniatura; pero raras, rarísimas veces, vereis allí una obra notable que os descubra un período brillante en la historia de la escultura catalana.

¡Bendita mil veces, pues, Excmo. Sr., para la nación española, la aparicion de Gurri y Amadeu, de Traver y Montanya, de Solá y Campeny, ya que gracias á estos patricios ilustres, Cataluña puede, con honra indisputable, proclamarse la iniciadora del arte escultórico contemporáneo!

* * *

Si alguna duda pudiera caber acerca la espontaneidad y predisposición de la humana inteligencia á ciertos y determinados conocimientos, es bien seguro que seria un ejemplo convincente la vocacion natural y marcada para el cultivo de las bellas artes, y singularmente de la escultura, demostrada desde sus primeros años por D. Damian Campeny y Estrany.

Nació este notable artista en la ciudad de Mataró el dia 12 de Abril de 1771, sin que ni la importancia del lugar de su nacimiento, ni la modestísima condicion de su familia, ni la escasa instruccion de sus padres, fueran motivo á presagiar una ilustración artística cual la que, pocos años más tarde, habia de dar á conocer.

Estas mismas desfavorables condiciones y el estado general de las artes en Europa, en aquella época, son causa de doble mérito en la rápida y floreciente carrera artística de nuestro escultor.

De condición modestísima su padre, aunque medianamente instruido, por su trato frecuente con los venerables monjes del convento de Montalegre, pensó únicamente en dedicar á su hijo á la prosecución de su oficio, que no era otro que el de zapatero en aquella ciudad, con honores de proveedor de los reverendos cartujos.

Creció Campeny, distribuyendo el tiempo entre la rudi-

mentaria enseñanza elemental de aquella época y las nociones del oficio paterno, abiertamente contrarias al carácter que ya entonces empezó á manifestarse.

Un hecho, sin aparente importancia, por cierto, y que no puede ser omitido por un biógrafo, fué la causa predisponente. la revelación artística, si así puede decirse, de la vocación demostrada por Campeny.

Era en aquella época cuando, bajo la dirección del mediocre escultor D. Salvador Gurri, profesor, de la clase de escultura sostenida por la Real Junta de Comercio de Barcelona, se estaba ejecutando el retablo é imágenes de las Santas patronas de Mataró, destinado á la iglesia mayor de la propia ciudad.

El tamaño é importancia de la obra, que se estaba realizando, obligaron á la construccion de un taller provisional, en condiciones tan rudimentarias, que dejaban casi por completo á la vista del público los trabajos de los numerosos operarios empleados en la misma.

Allí acudió Campeny, niño de ocho años, acompañado de sus pequeños compañeros y comadres del pueblo; siendo cuotidianamente lugar de cita para él aquel conato de academia, y motivo de especialísima atención las tareas de aquellos escultores.

A la presencia de semejantes trabajos, para él desconocidos é inexplicables, pero de una atracción y simpatía irresistibles, paróse de pronto el atolondramiento del rapazuelo, fijóse paulatinamente la atencion del niño, y la curiosidad se transformó en deseo, y este se elevó á la realidad.

El barro pegajoso de las calles de Mataró, primero, y la arcilla de los campos inmediatos, despues, fueron los primeros materiales de que pudo echar mano el novel artista para la ejecución de sus obras; notándose en su trabajo una aten-

ción constante que le absorbia por completo. Es verdad que las travesuras del niño decrecian á compás de sus nuevas aficiones; pero no era ménos cierto, con harto sentimiento de su padre, que las lecciones de su oficio eran lastimosamente olvidadas.

Así se pasaron algunos meses, tomando las aficiones del jóven Damian proporciones alarmantes, segun la opinion del sencillo zapatero, quien creyó prudente consultar el caso con el reverendo presbítero D. José Camin, hombre de singular instrucción y buen consejo y que, por sus muchas virtudes, era considerada su palabra, por las buenas gentes de la ciudad, como indiscutible artículo de fé.

Celebróse, pues, el familiar consejo, y hecha la acusación fiscal por el padre, abrióse el período de prueba, que consistió en la presentación y exámen de un sinnúmero de figuras realizadas por Campeny; pronunciándose inmediatamente y sin necesidad de defensa, el fallo, que no pudo ser más favorable á los deseos y aspiraciones del pequeño escultor.

Desde entonces Campeny pudo sin recelo entregarse á sus aficiones artísticas, tan espontáneamente nacidas y tan imparcialmente sancionadas; permitiéndole concurrir diariamente, por espacio de algunas horas, al taller de los escultores, que inconscientemente habian contribuido á encender aquella antorcha que más tarde disipaba las tinieblas de la escultura española contemporánea.

Tiempo sobrado y ocasiones bastantes tuvo D. Salvador Gurri para conocer las especiales aptitudes de su jóven discípulo, para el estudio de la escultura; y habiendo terminado los trabajos que realizára en Mataró, pudo alcanzar del anciano zapatero el correspondiente permiso para que su hijo continuara sus estudios en Barcelona.

Cuatro años permaneció Campeny en los talleres de su

maestro, asistiendo asiduamente á las clases nocturnas de escultura que la Real Junta de Comercio, con un celo y patriotismo dignos del más entusiasta elogio, mantenia en el grandioso edificio de nuestra Casa-Lonja del Mar, ocupándose algun tiempo despues en la ornamentación del edificio Aduana, cuya direccion corria á cargo del notabilísimo escultor D. Pedro Pablo Montanya.

No es mi ánimo, Señor excelentísimo, entrar en minuciosos detalles biográficos concernientes á la vida del primero de nuestros escultores, pues creo he sido llamado á tratar del artista, con preferencia á cualquiera condicion personal del hombre; empero he considerado tan bellos y de tanta originalidad los episodios reseñados, que no he podido sustraerme al deseo de consignarlos.

Por otra parte, mis trabajos y mis deseos, en lo que á este particular pudieran referirse, no superarian seguramente las extensas noticias biográficas que con exquisito celo coleccionó en su *Memoria necrológica* el Iltre. Sr. D. José Arrau y Barba, distinguido profesor que fué de nuestra Escuela oficial de Bellas Artes y contemporáneo de nuestro artista, de cuyo trabajo publicó más tarde un cuidadoso extracto nuestro sabio amigo el Dr. D. José Balari y Jovany, catedrático de lengua griega en la Universidad literaria de Barcelona.

Para mí entiendo, Excmo. Sr., que la consignación de los méritos principales y honrosas distinciones de condición ó procedencia artística adquiridos por el escultor ilustre cuya memoria honramos en estos momentos, y principalmente el estudio y carácter general de sus obras, han de ser el objeto preferentísimo de mi imperfecto trabajo, realizado con más buena voluntad que acertado criterio.

Busquemos, pues, á Campeny en los albores de su difícil carrera, y hemos de hallarle ya obteniendo, por su talento y

singulares aptitudes, todos los premios ofrecidos por la ilustre Junta de Comercio de nuestra ciudad.

Aquí movióse el génio y la actividad del jóven escultor, cuyo carácter se manifestó atrevido é independiente. Su inteligencia viva y fogosa adivinó extensos y dilatados horizontes artísticos; en imperfectos medios de reproduccion, admiró las más celebradas obras de la escultura; oyó hablar con entusiasmo y respeto de los grandes maestros de la Antigüedad y del Renacimiento; presenció las más exageradas controversias acerca del mérito é importancia de los nuevos apóstoles de la escultura moderna; y estrechos, ya entonces, para él, los reducidos límites de la rutinaria enseñanza escultórica de aquella época, concibió la idea, en aquellos tiempos y en nuestra patria, atrevidísima, de perfeccionar sus estudios en presencia de los grandes modelos.

Para el logro inmediato de sus laudables deseos, Campeny luchaba con la escasez de medios, y como tenia fé en su idea y entusiasmo por su empresa, trabajó con ahinco para proporcionarse los necesarios recursos, y constituido en escultor ambulante, visitó diversas comarcas de Cataluña, ejecutando para los templos de Montserrat, Cervera, Mataró y Lérida algunas imágenes, de cuyo mérito relativo hablaron bien favorablemente los escultores de su época.

La Real Junta de Comercio del Principado vino en 1.° de Agosto del año 1795 á favorecer las aspiraciones de nuestro artista, anunciando un concurso público para la creacion de una plaza de pensionado en Roma, por espacio de cuatro años y dotada con el haber diario de doce reales. Campeny entró en la lucha con entusiasmo y ardimiento, demostrando en públicas oposiciones y difíciles ejercicios, sus excepcionales dotes; y el éxito coronó sus esfuerzos.

No faltaron en esta ocasion, como en todas cuantas debe

administrarse justicia, las autoritarias presiones é irritantes cabildeos; empero la indiscutible supremacía de Campeny pudo vencerlo todo, porque su superioridad era notoria.

El novel escultor veia, pues, próximos á realizarse sus ensueños más felices. Habia vencido en público concurso y recibido el galardón de su talento. No obstante, una tramitacion absurda é injustificada, hija de la centralización mal entendida, cuyos vestigios pesan aun, como losa de plomo, sobre todas las provincias españolas, podia tronchar en flor tan risueñas esperanzas y anular tan legítimo triunfo. La Real Academia de Nobles Artes de San Fernando, cuerpo docente de la más alta significacion y respeto, pero que ignoraba por completo el asunto, que desconocia los resultados prácticos de los ejercicios realizados y trataba de una pensión puramente provincial, podia negar su aprobación definitiva y desvanecer tantas ilusiones.

Campeny esperó tranquilo la resolución de tan importante asunto, buscando la apacible tranquilidad del hogar doméstico. Allí, al lado de sus ancianos padres, esperó su sentencia, que verdaderamente era para él de vida ó muerte; y aprovechándose los venerables monjes de Montalegre de la próxima estancia del jóven escultor, encargáronle el modelo y despues la ejecucion definitiva de una estátua de S. Bruno, que fué notabilísima obra de verdad y de belleza.

Gurri y Amadeu, que habian anteriormente presentado sus bocetos, vieron esa estátua, pensada en la tranquila soledad del claustro y realizada en medio de las más caras ilusiones, y convinieron francamente en la superioridad de una obra que colocaba á gran altura el talento y la inspiración de nuestro artista, y que desapareció más tarde, al ser destruida por las llamas aquella joya de la arquitectura catalana.

La resolución del alto Cuerpo consultivo, si bien se hizo

esperar, fué, no obstante, favorable á Campeny; y al tener de ella conocimiento, no quiso demorar ni un momento su partida, realizando antes un acto que seria falta imperdonable omitir, por lo mucho que le honra y dignifica.

El artista catalan partia á tierra extranjera, sujeto á desconocidas eventualidades, sin más fortuna que su escasa pension de doce reales; y á pesar de estas poderosas razones, cedia la mitad de su asignación al pobre padre, que con toda la efusion de su alma daba el último abrazo al hijo que debia perpetuar su nombre en la historia de las celebridades catalanas.

Campeny se alejaba de su pátria dispuesto á todas las contrariedades y sacrificios, desconocedor de los grandes secretos del arte, y desconocido, por completo, de todos los artistas de aquella época; y habia de regresar al cabo de diez y ocho años enarbolando diestramente la bandera del arte moderno y gozando de la consideración y estima de las más conocidas celebridades.

Las relaciones con que su especial talento le habia favorecido en Barcelona, la circunstancia de ser pensionado por una corporación tan importante y el cariño especial que le profesaba el prior de los venerables cartujos de Montalegre, procuráronle estimables recomendaciones para algunos y bien distinguidos artistas residentes en la capital del orbe católico, entre los cuales contábase el presbítero Bazzani, pintor de mérito muy singular y conservador de los museos pontificios.

Apenas llegado á Roma, extasióse ante las obras más notables de la escultura antigua; conoció que aquella majestad y grandeza era la que cuadraba al arte escultórico, de sí grave y severo; comprendió cuán lastimosa y grande era la degeneración del arte, y formóse la invariable resolución de dedi-

carse, por completo, al estudio de los grandes modelos que tan honda y simpáticamente habian herido su imaginación.

Entró, pues, Campeny en la Academia de San Lúcas, captándose desde luego las simpatías de aquellos distinguidos profesores, por sus notables adelantos, los cuales le valieron verse distinguido con una medalla de plata, que remitió en 1798 á la corporacion que le pensionaba.

Su amistad con el presbítero Bazzani proporcionóle la ocasión de restaurar algunas de las estátuas antiguas, llegando á tan alto grado la perfección con que sabia suplir las partes mutiladas de las mismas, que le valió la más alta fama de parte de los inteligentes y la consideración de sus maestros, quienes vieron en ese trabajo, hasta cierto punto material, manifestaciones patentes de una observacion profunda y detenida de la escultura antigua y aptitudes especialísimas para la concepción y realización de obras escultóricas, en su género más clásico y elevado.

Canova, Camuccini y Benvenutti, artistas distinguidísimos que más tarde habian de honrar las Academias de Roma, Milan y Florencia, proclamaron expontáneamente el ingenio y la celebridad de Campeny en esta clase de trabajos, sin que contára, en aquel entonces, con rival ninguno.

La copia constante y el estudio profundo del antiguo, no materializaron al artista, antes bien le inspiraron obras originales, cuyos bocetos ejecutó siempre siguiendo el estilo clásico.

Su reputacion creciente le abria nuevos y dilatados horizontes y le captaba íntimas y provechosas amistades. Estableciòse, pues, en Roma abriendo su estudio en la planta baja del palacio del embajador de Florencia, con quien le unian las más cordiales relaciones, ejecutando allí su primera obra, que fué una copia en barro del *Hércules de Farnesio*, rea-

lizada con escrupulosa fidelidad y sábiamente interpretada.

El estudio profundo que hizo de esta obra, en su parte anatómica, sirvióle algun tiempo despues para la ejecucion de un boceto representando á *Neptuno,* cuya estátua de tres palmos de altura, fundida en bronce junto con otras similares, formaron parte del suntuoso centro de mesa que adornó los espléndidos festines de la embajada española.

El vaciado en yeso de esta estátua lo conserva uno de los individuos de su familia, y la ampliacion de esta obra, en tamaño mayor que el natural, se halla en una de las fuentes públicas de Igualada.

Sus compromisos con la Real Junta de Comercio no podian ser olvidados, y Campeny trabajó con ahinco en su segunda obra que representó á *Diana en el baño, con sus ninfas, sorprendida por Acteon.* En ella demostró claramente el jóven pensionado su inspiracion y su fuerza; y la impresion causada por este bajo-relieve llamó á su estudio á Canova, quien desde aquel momento fué su leal y sincero amigo.

El éxito obtenido animóle en su empresa, y preocupándose más del sentimiento que de la forma, ejecutó posteriormente otros dos bajo relieves, inspirándose para la realización del primero, en el asunto bíblico de *Sisara en la tienda de Joel,* y para la composición del segundo en unos versos de Virgilio.

Remitió, pues, las obras indicadas junto con ocho academias ó dibujos á la Junta de Comercio, durante los años 1801 y 1802; sometiendo la corporación receptora estos envíos á la autorizada inspección de D. Pedro Pablo Montanya, quien emitió un favorabilísimo y entusiasta dictámen, en vista del cual acordó la indicada Junta, en sesión de 23 de Junio de 1803, se reprodujeran diversos vaciados del bajo relieve existente en la escuela y se mandaran francos de portes á las Academias de San Fernando de Madrid y á las de Valencia,

Zaragoza y del Principado, para demostrar de qué manera tan loable se distinguia el pensionado.

En virtud de este informe y de la opinión, cada dia más favorable, que merecian de los inteligentes las obras de Campeny, acordó la Junta, que tan expontáneamente le protegia, prorogarle la pensión de que disfrutaba, hasta últimos del año 1803.

Las distinciones de que era objeto y la buena reputacion artística de que empezaba á gozar en Roma, le alentaron para emprender la ejecucion de una obra que sintetizara la extension de sus conocimientos; é inspirándose en la noble figura de la romana *Lucrecia*, que prefirió la muerte al oprobio y la deshonra, concibió y ejecutó el distinguido escultor su obra, que afortunadamente conserva en mármol la actual Junta de Agricultura, Industria y Comercio.

La inspiración y conocimiento del asunto dieron alas á la actividad de Campeny para el modelado de esa obra, realizándola con una rapidez asombrosa y remitiéndola á Barcelona á primeros de Enero de 1804, donde causó verdadera impresion.

Si la reputación de Campeny crecia y el número de sus admiradores aumentaba, eran de esperar, de un momento á otro, los insidiosos trabajos de la envidia y la maledicencia; y no tardaron estos en presentarse, suponiendo por quien estaba bien lejos de conocer los más preciados modelos del arte antiguo, que la estátua sedente de *Lucrecia*, no era más que un plagio de una obra célebre de la antigüedad romana.

Felizmente la justificación era fácil, y la Junta de Comercio, satisfecha de su pensionado, contestó á tan malévolas y encubiertas suposiciones, prorogando por dos años más su estancia en Roma y encargándole la ejecucion de una estátua de *Cleopátra*, cuyo modelo en yeso se halla en el salon

principal de la Casa-Lonja, en el más lamentable estado de mutilacion y abandonó.

Extensísimo seria mi trabajo, Excmo. Sr., si habia de detenerme á reseñar los numerosos estudios realizados por Campeny durante su estancia en Roma y las importantes relaciones de amistad y consideracion artística adquiridas en la metrópoli de las artes.

Bueno será, no obstante, dejar bien claramente consignadas las íntimas relaciones adquiridas con el primero de los escultores europeos de aquella época, el inolvidable Canova, y la buena amistad y consideración con que le distinguió primero el embajador español Azara y más tarde el sabio diplomático D. Antonio de Vargas y Laguna, en cuyo palacio vivió Campeny durante la aciaga época de la guerra de Francia en Italia, y quien algun tiempo despues alcanzó para nuestro artista una respetable pensión de S. M. el rey D. Cárlos IV.

Aquel prudentísimo hombre de estado, apasionado por las artes y protector decidido de todas las manifestaciones de la inteligencia, fué en diversas y bien tristes épocas, la mano salvadora en que se apoyó confiadamente el escultor catalan; alcanzando, por medio de su autoridad y excelentes relaciones, no ménos que por el crédito de sus autorizadas opiniones artísticas, que la Iltre. Junta de Comercio prorogára hasta mediados del año 1808 la pensión señalada á Campeny.

Pocos meses antes de la terminación del plazo de su pensión remitió Campeny á la corporación protectora diversos trabajos, entre los cuales deben mencionarse, por su importancia, la estátua de *Diana cazadora, La Fé conyugal, Viriato* é *Himeneo*, cuyas obras, reproducidas posteriormente al mármol, se hallan en el salon de sesiones de la Junta de Agricultura, Industria y Comercio. Siguió casi inmediatamente á este envío la presentación de otras obras entre las cuales son dig-

nas de mención particular dos bustos en mármol, copias del antiguo, dos suntuosos jarrones decorativos, que adornan el salón de Juntas anteriormente indicado, y el dibujo de un bajo relieve de grandes dimensiones representando *El sacrificio de Cal-lirrhoe.*

Circunstancias bien críticas para la nación española vinieron en este momento á comprometer la independencia de la patria y á poner en graves apuros la situación del pensionado.

Desde la majestad real hasta las más insignificantes asociaciones, sin descontar aquellas de carácter esencialmente benéfico ó científico, debieron sucumbir á las despóticas exigencias del opresor ó hacer el sacrificio de su existencia en aras de la independencia nacional. La Real Junta de Comercio no fué ménos infortunada; y aniquilada su vida moral y material, vióse en la dura, pero imperiosa necesidad, de desatender al pensionado.

Por otra parte, idénticas causas y extraordinarios conflictos políticos, acaecidos en el reino de Etruria, obligaron al embajador Florentino en Roma, á abandonar esta ciudad, cesando aquella protección valiosa que en otras épocas habia dispensado aquel excelente diplomático á nuestro egregio patricio.

¡Gracias mil, Excmo. Sr., al ilustre Canova, que en esta grave ocasión demostró cuánta y cuán estimable consideración le merecia Campeny y cuan profunda era la amistad que le profesaba! Así lo manifestaban, no hace muchos años, los amigos íntimos y contemporáneos de nuestro escultor, de cuyos labios oyeron tantas veces las más entusiastas frases de agradecimíento hácia el gran artista de fama universal é imperecedera.

Cesaron, por fin, aquellas tristísimas circunstancias, y

hecha la paz, regularizáronse nuevamente los servicios públicos; pensóse en dar á la nación los gérmenes de vida moral que la guerra habia destruido; y la Real Junta de Comercio, atenta siempre á los altos fines de su institución, acordó reorganizar los estudios artísticos en Barcelona, llamando inmediatamente á nuestra ciudad á D. Damian Campeny, en concepto de profesor preferente de la Escuela de Nobles Artes.

Tomaba este acuerdo la referida Junta á últimos del año 1815, y Campeny, ansioso de respirar los aires de su tierra nativa, deseoso de terminar aquel voluntario ostracismo que ni el trabajo ni la amistad extranjera dulcificaban, sediento de gozar los recuerdos de su edad primera, cansado de traducir en extraño, aunque dulce idioma, las expontáneas manifestaciones de su inspiracion catalana, ávido de dar á conocer en España los progresos de la escultura y de predicar la moderna vida del arte, saludaba nuevamente á su pátria estimada el dia 4 de Enero de 1816.

El efecto causado por la llegada de tan distinguido artista cuya fama y excelentes cualidades no podian eclipsar, en aquel entonces, ninguno de los escultores residentes en España, puede V. E. considerarlo al recordar las distinciones de que habia sido objeto en Roma y la consideración de que en nuestra ciudad gozaba. Particulares y corporaciones, noticiosos de los excepcionales méritos de Campeny, se apresuraron á confiarle numerosos é importantes encargos, los cuales cumplió á satisfacción de todos.

Entonces fué cuando ejecutó el paso procesional del Santo Sepulcro, para el Gremio de Revendedores de nuestra ciudad, y el notabilísimo retablo de la iglesia llamada hoy de Santa Marta.

Organizada ya la Escuela de Bellas Artes, nombrósele

director de escultura en 14 de Noviembre de 1819, cuando S. M. el Rey D. Fernando VII, noticioso de su fama artística, le llamó á su presencia.

Presentó Campeny al monarca exactas reproducciones de sus obras más notables y asesorado el Rey por distinguidos artistas de la corte del singular mérito de las mismas, nombróle escultor de Cámara en 3 de Febrero del mencionado año, ofreciéndole algun tiempo despues, una plaza de profesor en la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando.

No decreció en ningun modo la actividad de Campeny, y sin aceptar la honrosa plaza que se le ofrecia, regresó á nuestra ciudad, donde trasladó al mármol la *Lucrecia* y ejecutó las estátuas de *La Humanidad, La Clemencia, La Afabilidad,* el *Aquiles*, otras obras de inferior importancia y el notabilísimo grupo del *Almogávar vencedor de un galo.*

Reconocida ya por el Gobierno de la Nacion, y hasta por sus mismos comprofesores, la superioridad de sus conocimientos y la alta gerarquía que de derecho le correspondia entre ellos, nombrósele Vice-Director de nuestra Escuela de Bellas Artes en 22 de Febrero de 1827; habiendo renunciado por dos veces consecutivas y de la manera más categórica y terminante la plaza de Director general de la referida Escuela, que se le ofreció en 1840 y posteriormente en 1843.

Los honrosos títulos y altas distinciones otorgadas á Campeny demuestran la merecida consideración de que gozó y el significativo aprecio en que tuvieron los especiales conocimientos de nuestro escultor, no solamente las corporaciones sábias de nuestro país, sino algunas bien caracterizadas del extranjero.

La Academia libre de Roma, fundada por Bazzani, Canova y Camuccini, le guardó hasta su muerte el honroso título de Académico honorario; la Real Academia de San Fernando,

de Madrid, nombróle individuo de la misma en 9 de Abril de 1819; la de Bellas Artes de San Cárlos, de Valencia, otorgóle igual distinción en 3 de Setiembre de 1820; la Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País admitióle en su seno en 3 de Abril de 1836; la Academia de Ciencias Naturales y Artes de Barcelona le nombró académico en 28 de Marzo de 1838, é igual distinción recibió de la Academia de Bellas Artes de Zaragoza, conservándosele los derechos adquiridos y los títulos de académico y profesor de escultura cuando la Escuela de Bellas Artes de nuestra ciudad, sostenida por la Real Junta de Comercio, fué elevada á la categoría de Academia oficial.

La celebridad de Campeny habia llegado, pues, á su apogeo, y era ley inflexible del destino que aquel carácter enérgico, aquella actividad sin límites, aquella inteligencia preclara habian de caer postrados y como extinguidos por su propio trabajo.

Catorce años luchó con la muerte, resistiéndose á la dura ley de la naturaleza, sin que fueran bastantes á decrecer su entusiasmo y matar su actividad los terribles resultados de sus repetidos ataques apopléticos iniciados en 1841.

Campeny, anciano y enfermizo, aniquilado de cuerpo, pero sano de espíritu, no abandonó su cátedra, en la cual encontró siempre á sus hijos, más que á sus discípulos, muchos de los cuales ocupan hoy puestos distinguidísimos en varias Academias de España y en nuestros círculos artísticos.

Agraváronse de una manera extraordinaria sus habituales dolencias, y aquel cuerpo, casi inerte, apenas sensible á las luchas del espíritu y la materia, que pugnaban por desunirse eternamente, cuyo corazon latía con la rapidez y la fuerza que imprimen á los séres de alma noble y generosa las grandes ideas de la vida moderna y en cuyo cerebro pasaban

rápida y vertiginosamente los recuerdos de una vida consagrada por entero á los purísimos ideales del arte, entregaba su alma al Dios de todas las perfecciones á las diez y veinte minutos de la mañana del dia 7 de Julio de 1855, en su modesto retiro, situado en la poética falda de nuestro Tibidabo, desde donde contempló, en sus horas de agonía, á la ciudad que le habia colmado de honores y distinciones.

Aquel varon sabio y modesto, de alma templada en las privaciones y el trabajo, y sublimada en las purísimas esferas del arte, pudo ver desde las obscuras y tristes regiones de la muerte, levantarse esplendente y majestuoso el nuevo sol de nuestro renacimiento artístico.

Apóstol de una idea á cuyo triunfo dedicó íntegramente su existencia, tuvo la gloria, para él inmensa, de verla dominadora y respetada; figurando eternamente su nombre entre el de los patricios ilustres cuya historia escribe Cataluña, en letras de oro, en el libro de sus honores y grandezas.

No es discutible, no, Excmo. Sr., la celebridad de nuestro ilustre escultor; pues consignada queda, de una manera fehaciente, en las mejores de sus obras, cuya conservación y respeto merecen, ó mejor dicho, exigen la preciosa atención de V. E., la de la Excma. Corporacion Provincial de Barcelona y la de la Iltre. Academia de Bellas Artes.

Las obras de Campeny marcan una época en la historia de la escultura española; y sinó por otro mérito, por esta condición esencialísima é importante, exigirian su conservación y estudio, bien difícil, por no decir imposible, en el estado en que actualmente se hallan.

Examinad, Señores, las obras de nuestro escultor y notareis en ellas manifiestos grados de perfeccionamiento, hijos sin duda, de la observación y el estudio.

Idealista en sus comienzos, pensó solamente en la inspiración de sus obras y halló arsenal inagotable de fantasía en los asuntos mitológicos y en las parábolas de la Biblia. Conocedor, más tarde, de la forma, comprendió cuán sublíme era para el arte esa mágica unión de la realidad y la idea, comparable solamente á la suprema obra de Dios, y trazó entonces sus obras rindiendo el merecido culto á la forma.

Enamorado del arte griego, entró convencido y juramentado en aquella escuela, tal vez entonces la única, en la cual se rendia culto á los grandes maestros de la antigüedad pagana, cuyas obras han sido la norma universal y constante de la posible perfección en las artes plásticas.

Con esa convicción hija de la observación y el estudio, y bajo las más rigurosas reglas del arte griego, ejecutó sus obras durante su estancia en Roma: y al hacerse cargo de la Cátedra de escultura en nuestra Escuela de Bellas Artes, luchó desesperadamente contra el doctrinarismo y la rutina, logrando ver triunfante su idea, que con más ó ménos perfeccion era la de la escuela contemporánea. Su entrada en nuestra Academia fué la iniciación de una nueva vida para la escultura española, pues dedicóse con especial ahinco á la enseñanza del natural y del antiguo; dió á conocer prácticamente el cánon de proporciones del cuerpo humano, ideado por Policleto y universalmente adoptado; y á la vista de los más renombrados modelos del arte clásico, explicó sus bellezas parciales, la perfección de sus formas y ese *quid divinum* que informa las obras más sublimes que supo producir la edad de oro de la escultura antigua.

Dueño absoluto y dominador despótico del arte el barroquismo, en sus acepciones más funestas y degeneradas, los primeros regeneradores de la escultura, más que crear y

producir, tuvieron que destruir y aniquilar, levantando como gloriosa enseña de su colosal empresa la restauración solemne del arte clásico.

No compareis, pues, Señores, el mérito de las obras de Campeny, con el que indudablemente puedan revestir las producciones de la escultura actual, ya que en ningun tiempo han de amenguar la celebridad de Guttemberg los progresos de la tipografía moderna, ni han de rebajar el genio de Stephenson las perfecciones de la locomotora.

Canova, Thorwaldsen, Rude y Campeny son nombres gloriosos que Italia, Alemania, Francia y España deben consignar en la historia de su movimiento artístico para perpétua memoria del feliz renacimiento de la escultura contemporánea. Ellos fueron los que sanearon las infestadas regiones del arte; ellos los que devolvieron al clasicismo su perdida consideración y respeto; ellos los que dieron á la Europa moderna ese nuevo gérmen de civilizacion y progreso; ellos, en fin, los que formaron la vanguardia de ese ejército de escultores que en nuestros dias y en los concursos universales, campos de batalla de la paz y del progreso, llenan de gracia y poesía, de verdad y hermosura, de grandeza y sentimiento, las extensas salas destinadas á las artes plásticas, donde la mano del artista ablanda el mármol, dulcifica el bronce y cual otro Dios, forma de la tierra misma las más encantadoras obras que jamás pudiera concebir la humana fantasía.

Honremos pues, Excmo. Sr., esos nombres gloriosos, singularmente el de nuestro inolvidable Campeny, jefe indiscutible de nuestra moderna escultura; y aleccionados por las pasadas desventuras de la pátria y las tristísimas épocas de nuestra degeneración artística, vivifiquemos con la protección más eficaz y decidida los valiosos elementos con que cuentan las artes catalanas; recordando siempre que á la protección

oficial del magnate y á la particular del opulento, debióse constantemente el florecimiento de las artes.

No olvidemos nunca que en los primeros albores de las antiguas civilizaciones, la protección de los príncies ninivitas, cuya fastuosidad y grandeza dejó en Nínive y Babilonia sus templos y palacios, sus toros alados, sus bajos-relieves inmensos, sus áureos vasos y cinceladas copas, dió orígen y vida á la escultura asiria y le señaló la primera página en la historia del arte plástico. Recordemos que á la protección de los espléndidos Faraones, á la ilustración de Ramsés y de Sesostris, débense esas encantadas esfinges, esos héroes inertes, esos dioses inmóviles, esas pirámides altísimas, esós templos colosales, esas sepulturas inmensas, que en Thebas y en Memphis ha hallado el explorador inteligente para formar la historia de la escultura egipcia. Recordemos que á la inteligente protección de Pisistrato y Pericles débese la aparición de Ageladas y Fidias, de Policleto y Praxíteles, de Miron y Lysipo, que consignaron eternamente su nombre con la Minerva de Athenas y el Júpiter Olímpico y la Vénus de Milo, con cuyas obras, de sin par belleza, enriquecieron el Partenon y el Acrópolis, templos inmensos de donde salieron las santas reliquias de la escultura griega. No olvidemos que Marco Aurelio y Trajano, elevando sus orgullosas columnas, al propio tiempo que consignaban sus propias glorias, marcaban la época floreciente de la escultura romana. Y finalmente, saliendo de aquellos tiempos antiguos, no apartemos la vista de esa época brillante del Renacimiento, edad de oro de las artes todas, en que la imperial y prepotente España daba vida á Berruguete y Becerra, á Montañes y Alonso Cano, y en Italia presentaba una generación de artistas que comenzaba en Pisa y terminaba en Florencia, nacidos todos al calor

fecundante de la protección dispensada por los soberanos florentinos y los Pontífices romanos.

Proteger la escultura catalana, Excmo. Sr., es proteger la escultura nacional, es proseguir la obra de Campeny, es honrar su memoria, es dar á Cataluña, que perdió su cetro de reina y soberana, la esplendente corona de las artes, que moralizan los pueblos y unen en fraternal é indisoluble abrazo esas naciones de moderna vida que arrancan las peñas de sus montañas divisorias y funden el bronce de sus cañones victoriosos para consignar perpétuamente, en sus monumentos públicos, ese grito constante de civilización y de progreso que no podrán acallar ni el despotismo ni la ignorancia, porque, como obra perfecta de la Providencia, está animada por el espíritu de Dios.

CATÁLOGO

de las obras ejecutadas por el escultor D. DAMIAN CAMPENY y ESTRANY, de las cuales ha podido tener conocimiento el autor del presente trabajo biográfico.

Bajo relieve de asunto histórico. — Primer ejercicio de oposiciones verificadas en 1795.—No se conserva.

Diversos bocetos ejecutados en su taller de Barcelona.—Se conservan en la casa-torre de la familia Padró, en San Felíu de Llobregat.

San Bruno.—Estátua en madera, destinada al convento de Montalegre.—Fué destruida por las llamas en 1835.

Copia del Hércules de Farnesio.—Estátua en barro cocido, ejecutada en Roma.—No se conserva.

Id.—Id.—Estátua en piedra, tamaño natural, existente en la fuente monumental del Paseo de San Juan.

Sisara en la tienda de Joel.—Bajo relieve en yeso, ejecutado en Roma.—No se conserva.

Diana en el baño con sus ninfas.—Id.—Id.

Bajo relieve de un asunto tomado de la Eneida, de Virgilio.—Id. Id.

Ocho dibujos, estudios del desnudo.—Id.—Id.

Lucrecia.—Estátua en mármol y modelo en yeso, ejecutado en Roma.—Existentes en el salon de la Junta de Agricultura, Industria y Comercio, en la Casa-Lonja

Cleopatra.—Estátua en yeso, ejecutado en Roma.—Se conserva en el Salon principal de la casa Lonja.

Barcelona.—Id.—Id.—Destinada al Monumento proyectado para conmemorar la venida de los Reyes Católicos á Barcelona.—Se conserva en el salon principal de la Casa-Lonja.

Ceres, Cibeles, Palas y Neptuno.—Estátuas en yeso de tres palmos de altura, cuyos modelos se fundieron en bronce para formar parte del suntuoso centro de mesa destinado á la embajada española en Roma. La estátua de *Neptuno* la conserva, en yeso, el jóven escultor D. José Campeny.

Neptuno.—Estátua en piedra.—Existente en Igualada.

Diana cazadora.—Estátua en mármol.—Se conserva en el Salon de Sesiones de la Junta de Agricultura, Industria y Comercio.

La Fe Conyugal.—Estátua en mármol.—Se conserva en el Salon de Sesiones de la Junta de Agricultura, Industria y Comercio.

Himeneo.—Id.—Id.

Viriato.—Id.—Id.

Dos jarrones decorativos.—Trabajo en mármol.—Id.

Dos bustos en mármol.—Copias del antiguo.—No se conservan.

Pio VII.—Retrato en mármol.—Existente en las habitaciones Pontificias del Vaticano.

Dibujo de un bajo-relieve de catorce palmos de largo por siete y medio de alto, representando el *Sacrificio de Cal-lirrhoe.*—No se conserva.

Grupo alegórico en bronce, ofrecido al Excmo. Sr. D. Manuel Godoy.

Paso procesional del Santo Sepulcro.—Grupo religioso, en madera, propiedad del Gremio de Revendedores de Barcelona.

San Jaime.—Estátua en madera.—Existente en la iglesia del Hospital de Mataró.

San Vicente de Paul.—Id.—Existente en la parroquia de San Juan, de Mataró.

Retablo de la iglesia de Santa Marta.—Barcelona.

La Humanidad.—Estátua en yeso.—Existente en el salon principal de la Junta de Agricultura.

La Clemencia.—Id.—Id.

La Afabilidad.—Id.—Id.

Aquiles.—Id.—Id.

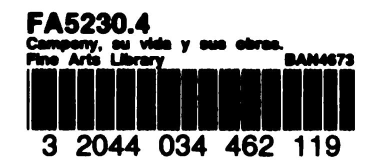
Almogávar vencedor de un galo.—Grupo en yeso.—Id.

Dos leones decorativos.—En yeso.—Id.

Perro mastin.—Id.—Id.

Además, mientras disfrutó la pension de S. M. el rey D. Carlos IV, remitió á Madrid diversas obras, algunas de las cuales deben hallarse en la seccion de escultura del Museo del Prado.





DATE	ISSUED TO
FEB 21 '64	J Berg (53)

